



ENTONCES COMO AHORA

Hoy en día Dios llama y toca los corazones como lo hizo con este militar chino de comienzos del siglo XX cuyo testimonio transcribimos:

"Me llamo Chang P'ei Fu. Durante el tiempo de mis estudios, surgieron en Tientsin dificultades chino-francesas. En aquellas difíciles circunstancias fue el sacerdote católico Lei-ming-yuan (el misionero belga padre Lebbe) el primero en defender públicamente la humanidad y la justicia. El motivo más profundo para que tan decididamente reclamara la justicia y se sacrificara por la verdad, hay que buscarlo en su amor al prójimo, que tenía su origen en el amor a Dios. Amaba a todos los hombres, y por eso amaba también al pueblo chino.

En el quinto año de la República china (1916) hice mi examen de oficial en la Escuela de Artillería. Llegué después hasta jefe de división. Más tarde desempeñé cargos en el Estado Mayor. Cuando en Manchuria se llegó a complicaciones militares con los japoneses, estaba yo en el Nordeste, en la provincia de Hei-lung-kiang, donde organicé y dirigí la resistencia nacional. A causa de nuestro fracaso militar, emigré a Rusia y viajé luego hacia Alemania e Italia. De vuel-

ta a la patria ocupé el cargo de profesor de Ciencias Militares en la Universidad de «Tung-Pei». Algún tiempo después recibí el Santo Bautismo, haciéndome así cristiano católico.

Si se buscan los motivos de la guerra civil en China y de las complicaciones en Manchuria, se llega a la conclusión de que todo ello fue debido a la falta de una segura orientación espiritual en el género humano. Si entre los hombres se ha de llegar a un mayor espíritu de conciliación, a más fortaleza de carácter y pureza de costumbres, esto sólo será posible con ayuda de la religión. Mas, entre todas las religiones, sólo la católica posee un fin verdaderamente seguro. Sólo ella se alza incommovible a través de todos los tiempos. Sólo ella tiene una tradición ininterrumpida y responde a todas las exigencias de la naturaleza humana.

La fe católica está, además, de acuerdo con la razón y libre de toda doctrina errónea. Si se busca el último motivo del mundo, se llega siempre a un Creador personal. Si no hubiera un espíritu puro, todopoderoso y omnipotente, ¿cuál sería entonces el origen de un mundo tan inmenso con su inmensa variedad de cosas?

Entre los antiguos letrados y sabios no hubo ninguno que no venerara a Dios. ¿Por qué no había de hacerlo yo también?"

VICENTE DE PAÚL (c.1580-1660)

Monsieur Vincent, el gran santo de la caridad en la Francia de Luis XIII, fue el más popular y simpático de los hombres de su tiempo. Su acción humanitaria se aleja de discusiones: él tiende una mano a los necesitados, a los pobres, a los galeotes, a los más desamparados de Francia.

Para san Vicente (por algo era cristiano) la caridad se asentaba necesariamente en la verdad -la Iglesia y la doctrina de Jesucristo-, y abarcaba una doble acción, primero espiritual y luego material. Socorrer a los necesitados, pero evangelizándolos, ser compasivo con todos pero hablándoles de Dios.

Esta caridad informa las fundaciones de san Vicente y llena toda su labor de afanes de salvación que no son más que las bienaventuranzas puestas en práctica. Estará rodeado de gigantes de la espiritualidad, hombres brillantes e inteligentísimos, unos ortodoxos, otros no tanto, pero él será siempre un campesino gascón rústico y desmañado que se consume en la tarea de asistir al prójimo en el alma y en el cuerpo, dando pan y vida eterna con una sonrisa inmortal por la que aún le recordamos.

SAN ANTONIO DE PADUA (1195-1231)

No se llamaba Antonio sino Fernando, y no era de Padua sino de Lisboa. Los caminos de la Providencia le llevan a Italia, y allí el que había estudiado teología en Coimbra será humildísimo franciscano hasta que por obedecer a sus superiores se revela como un predicador portentoso.

Sabio de profundos conocimientos pero sobre todo taurmaturgo admirable en la escuela franciscana de la sencillez y del amor por las cosas humildes: es el santo que predica a los peces cuando los hombres no quieren escucharle.

La anécdota de cierto ladrón que le robó un manuscrito y que se sintió irresistiblemente empujado a devolvérselo ha hecho que en el culto popular san Antonio sea el que ayuda a encontrar lo perdido, el que hace recobrar las cosas extraviadas; y nada más extraviado por nuestro descuido que Dios en nuestras pobres vidas.

Objetos perdidos que se necesitan o amores no encontrados que se requieren, el de Dios en primer lugar, pero también más simple y humanamente sus reflejos terrenales, los amores de este mundo, y por esta razón es asimismo el santo casamentero.

Se le canonizó antes de cumplirse un año de su muerte, cerca de la ciudad de Padua, de la que es el famoso patrón, y uno de los santos más simpáticos, venerados y di-ríase que asequibles de todo el catolicismo.

DAR SENTIDO A LA RUTINA

Quien anda siempre quejándose de su trabajo, es porque aún no se ha centrado en él. No tiene ganas de entregarse a su trabajo. Prefiere soñar a lo grande y disfrutar de sus sueños sin dejar de soñar que merece algo mejor. Naturalmente, hay muchos trabajos que son mera repetición de lo mismo, pura rutina. Yo tengo mi despacho en la administración. Constantemente tengo que estar firmando facturas, ocupación que no es especialmente creativa. Pero cada firma que pongo supone para mí un pequeño descanso. Me ayuda a percibir conscientemente mi respiración y a meditar. Luego siento cómo hasta ese trabajo rutinario me produce satisfacción. No me siento presionado por la idea de tener todavía que acabar esto o aquello. Y estoy siempre disponible cuando suena el teléfono o cuando alguien llama a la puerta para conversar sobre un tema.

Las llamadas «ocupaciones rutinarias» no tienen por qué resultar necesariamente aburridas. Sea cual sea mi ocupación, siempre soy yo el responsable de la manera de encararla, v. gr. si pongo en ello voluntad creativa, si disfruto haciendo cosas intrascendentes considerando que son un tiempo de descanso que se me otorga o si, por el contrario, me quejo malhumorado de tener que ocuparme de cosas tan banales. Eso sí, de vez en cuando debo comprobar si todos los trabajos rutinarios son realmente necesarios o no, si pueden ser de otra manera o si, sencillamente, deben ser suprimidos.

El sentido o falta de sentido del trabajo que realizo no depende tanto de él como de mí. No es la ocupación la que me dignifica; soy yo quien debo poner dignidad en mi ocupación. Con mi trabajo creo un producto útil para alguien. Con mi trabajo creo también una atmósfera entorno a mí.



paganizado que éste nuestro. Conoció una juventud entregada a los placeres de este mundo. Descendió a la gruta del pecado sin atenuantes. Y se alimentó espiritualmente de todos los pensadores que más podían alejarle de la fe.

Durante largos, largos años, la voz del mundo y de la carne fueron más fuertes que la del espíritu. Y tuvo Dios que perseguirle por muchos caminos hasta que, adulto ya, la gracia fue más fuerte que todas las pasiones y sólo entonces descubrió por qué seguía tan inquieto, por qué nada terminaba de saciar su corazón. Y sólo entonces, pasados ya los treinta años, se rindió en las manos de Dios con aquel grito que ha traspasado la historia: «Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti».

Por fortuna, aquel enorme corazón que hasta entonces había amado apasionadamente al mundo, no se reblandeció y enfrió al convertirse y pasó a amar apasionadamente a Dios como antes había amado apasionadamente a las cosas de este mundo. No disminuyó su fuego, cambió simplemente de objetivo en su amor.

Hoy, que vivimos todos nosotros una fe tan tibia, tan aburrida, me pregunto yo si no sería precisamente San Agustín un santo modelo e ideal para nuestros tiempos. Ya me gustaría a mí que los jóvenes, que tantas aventuras buscan en sus vidas, se atreviesen a estudiar esa tremenda aventura del espíritu que él dibuja en *Las confesiones*. Pero pienso, sobre todo, cuánto necesitaríamos todos esa llamada a la interioridad que es toda la obra de Agustín. Porque en realidad todos seguimos siendo buscadores inquietos de Dios.

¿Y DESPUES DE LA MUERTE?

Una canción inglesa del siglo pasado dice:

El cuerpo de John Brown se consume bajo la tierra; pero su alma sigue adelante.

Pero ¿hacia dónde sigue adelante?

Las almas volaron de sus cuerpos unas a la bienaventuranza y otras a la desgracia.

Bienaventuranza o desgracia: esta es la cuestión, pero ¿qué es lo que hace que la balanza se incline a un lado u otro?

El amor es el que decide. San Agustín dice a este respecto: «*el amor es el que me lleva adonde quiera que voy*». De esta manera, la voluntad elige su propio destino en la vida futura. O bien amamos a Dios, o bien nos amamos a nosotros mismos, en contra de Dios: el amor a Dios nos lleva a Dios; el amor a nosotros mismos nos separa de Dios.

SAN AGUSTÍN, DE AYER Y DE HOY

En la primavera del año 386, la gracia de Dios alcanzó a este hombre enorme que iba a ser una de las columnas de la Iglesia a lo largo de los siglos. Verdaderamente, pocos hombres hay cuya vida y cuya obra estén hoy más vivas de lo que está la de San Agustín, que parecería ser un contemporáneo nuestro por su manera de pensar, de vivir, de hablar y de escribir.

Con frecuencia llegamos a creernos que los santos fueron unos seres privilegiados que vivieron unas vidas de caramelo y en los que la fe creció como una planta de invernadero.

San Agustín fue todo lo contrario. Nacido en una familia dividida, conoció ya en su infancia, junto a la fe apasionada de su madre, Santa Mónica, la educación pagana de su padre y la vida en un mundo aún más